



## CAPÍTULO V

FOMA FOMITCH LOGRA LA FELICIDAD  
DE TODOS

**D**ÓNDE estoy?--murmuró Foma con voz de hombre que va á morir en aras de la verdad.

—¡Maldito ganapán!—balució á mi lado Mizintchikov. ¡Como si no viese donde está! Ahora va á empezar á hacernos de las suyas.

—Estás en nuestra casa, Foma; entre los tuyos—exclamó mi tío. ¡Vamos! ¡Valor! Tranquilízate. Foma, lo mejor sería que cambiases de traje primero; si no, puede costarte una enfermedad la mojadura. ¿Quieres tomar algo para entornarte?

—Tomaría un poco de Málaga—gimió Foma, y cerró de nuevo los ojos.

—¡Málaga! Temo que no haya—dijo

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

mi tío, interrogando á su hermana con ansiedad.

—Sí—dijo ella.—Quedan cuatro botellas.—Y haciéndo sonar sus llaves, corrió á buscar el Málaga, perseguida por los gritos de las señoras que se acercaban á Foma, como moscas alrededor de un tarro de dulce. No fué pequeña la indignación del señor Bakhtcheief.

—¡Necesita Málaga!—murmuró casi en voz alta.—¡Necesita un vino que no bebe nadie! ¿Quién, á no ser un canalla como él, lo pediría?

—Foma—comenzó mi tío,—ahora que ya estás tranquilo, que has vuelto con nosotros, creo, Foma, que, después de haber ofendido á una muchacha inocente...

—¿Dónde? ¿Dónde está mi inocencia?—dijo Foma, como en un delirio de fiebre.—¿Dónde están mis días felices? ¿Dónde has ido tú, mi dichosa infancia, la época en que yo, en plena inocencia de espíritu perseguía mariposas por los campos? ¿Dónde fué ese tiempo? ¡Devolvedme mi inocencia! ¡Devólvémela!

Y con los brazos en cruz, Foma se dirigía, sucesivamente, á cada uno de los concurrentes, como si alguno de ellos pudiera tener guardada en el bolsillo su inocencia.

Creí que Bakhtcheief iba á reventar de ira.

—Pero ¿por qué no?—preguntaba furioso.—¡Devolvedle su inocencia! Sospecho que cuando era niño, era tan bribón como ahora. ¡Lo juraría!

—¡Foma...!—repuso mi tío.

—¿Dónde están aquellos días benditos en que yo tenía fé en el amor y creía en la bondad de los hombres?—interrogaba de nuevo Foma, echado en mis brazos y llorando sobre mi corazón.—¿Dónde me encuentro ahora?

—Estás con nosotros; cálmate—decía á gritos mi tío.—Foma, quiero explicarte...

—¿Por qué no se calla usted un poco?—sugirióle la Perepeltzina, disparando sobre él sus miradas de serpiente.

—¿Dónde estoy?—insistía en preguntar Foma.—¿Quiénes son los que están á mi lado? Son los toros que me amenazan con sus astas. Vida; ¿qué eres? Vida humillada, deshecha; hasta que tu tumba no esté llena, los hombres no quedan satisfechos; cuando esté colmada aplastarán tus pobres huesos el peso de un monumento magnífico.

—¡Habla de un monumento!—dijo Ejevikine, palmoteando.

—No, no me erijáis un monumento—gemía Foma.—No necesito de vuestros monumentos. No ambiciono más monumento que el que vosotros podáis construirme en vuestros corazones.

CAPITULO VIGINTIQUINTO

—¡Foma!—interrumpió mi tío—ya basta; tranquilízate. Escúchame. No se trata de monumentos. Ya ves, Foma; comprendo que hace un rato, y ardiendo en una noble llama me llenases de reproches. Pero te extralimitaste, á pesar de que hablábamos de una mujer; estás equivocado; te lo juro.

—Pero ¿no acabará usted nunca?—chilló otra vez la Perepelitzina.—¿Quiere usted aprovecharse de que este pobre hombre está entre sus manos para matarle?

La generala y toda su corte se impacientaron y empezaron á gesticular para imponer silencio á mi tío.

—¡Cállese también usted, Ana Vilovna; ya sé lo que me digo!—contestó mi tío con firmeza.—Este es asunto sagrado; un asunto de honor, de justicia. Foma, tú eres un hombre razonable; debes pedir perdón á la muchacha á quien has ultrajado.

—¿Qué dice usted? ¿A qué muchacha he ultrajado yo?—interrogó Foma, mirando con asombro á todos los presentes, como si no se acordase de cuanto había ocurrido poco tiempo antes ni comprendiese á que aludía Yegor Ilitch.

—Sí, Foma; y si reconoces tu culpa voluntariamente, te juro que me arrodillaré delante de tí y que...

—Pero, ¿á quién he ultrajado?—tornó

á preguntar Foma.—¿Dónde está mi víctima? ¿Quién es ella? Recuérdeme algún detalle...

En este momento, llena de miedo y de confusión, Nastenka se acercó á mi tío, y le dijo con voz suplicante:

—No, Yegor Ilitch; déjele; no necesito excusas. ¿Para qué? Déjele.

—¡Ah! Empiezo á recordar algo—exclamó Foma.—¡Dios mío! ¡Ayúdame á recordarlo todo! Dí: ¿es verdad que me han echado de aquí como á un perro sarnoso? ¿Es cierto que ha caído sobre mí el rayo? ¿Es también cierto que me han tirado desde lo alto de la escalinata? ¿Es verdad? ¿Es verdad?

Los sollozos y los gemidos de las mujeres le contentaron elocuentemente.

—Sí, sí; ahora recuerdo que después del trueno, después de mi caída, regresé corriendo hacia esta casa, para cumplir otra vez con mis deberes y desaparecer para siempre.

Se le alzó un poco.

Adoptó una actitud de orador y extendiendo las manos:

—¡Coronel!—exclamó—aquí me tiene usted de nuevo, en plena posesión de mí mismo. El rayo no ha podido hacer que disminuyeran mis facultades intelectuales. Solo me noto un poco sordo del oído derecho, sin duda á consecuencia de la caída desde la escalinata.

Pero ¿qué importa el oído derecho de Foma?

Acertó á infundir en estas últimas palabras tanta ironía y acompañarlas de una sonrisa tan triste, que los gemidos de las señoras recomenzaron con nueva fuerza.

Todas dirigían á mi tío miradas de reproche y de odio. Mizintchikov escuchó y se fué á la ventana. Bakhtcheief me atizó un codazo furioso; no podía estar quieto en su sitio.

—Ahora, escuchad todos mi confesión —gimió Foma, recorriendo á todos con la mirada—y usted, Yegor Ilitch, puede decidir de la suerte del desgraciado Opiskine. Hace tiempo que le observaba; le observaba, con el corazón lleno de angustia; lo veía todo, todo. Usted no podía ignorar que yo le observaba. Acaso me equivocase, coronel; pero conocía su egoísmo y su orgullo, sin límites, y su extraordinaria lascivia. ¿Y quién podría acusarme, si me extremeceí ante el honor del más inocente de los seres?

—¡Foma! ¡Foma! ¡no hables demasiado!—exclamó mi tío, vigilando con inquietud la expresión dolorosa que invadía el rostro de Nastia.

—No era tanto la inocencia y la confianza de esa muchacha lo que me hacía sufrir como su falta de experiencia—con-

tinuó Foma, haciendo caso omiso de la advertencia de mi tío.—Notaba que su corazón iba á abrirse como una rosa en primavera, á un sentimiento tierno, y recordé, sin querer, aquel pensamiento de Petrarca: «la inocencia está casi siempre junto á la perdición». Suspiré, lloré; por aquella muchacha, más pura que una perla, habría dado hasta la última gota de sangre. Pero ¿quién podía responder de usted, Yegor Ilitch? Conociendo la impetuosidad de sus pasiones, y sabiendo que sería usted capaz de sacrificarlo todo por satisfacerlas, me sentía abismado en el espanto y el temor acerca de la suerte de una muchacha honrada...

—Foma, ¿cómo has podido pensar tales cosas?

—Le observaba temeroso. Si quiere usted saber á qué extremo he sufrido, interroge á Shakespeare en el Hamlet; allí verá usted el estado de mi alma. Me convertí en un sér desconfiado y malhumorado. En mi inquietud y en mi indignación, veía todo lo peor posible. Por eso habrá advertido usted mi deseo de que se fuera de esa casa: quería salvarla. Por eso, yo vivía nervioso y excitado contra todos. ¿Quién podrá reconciliarme de nuevo con la humanidad? Comprendo que acaso haya sido exigente é injusto con sus huéspedes, con su sobri-

COPIA ARGENTINA

no, con el señor Bakhtcheief, al pretender que poseyeran un conocimiento profundo de la astronomía. ¿Pero no debe perdonárseme en consideración á mis sufrimientos? Vuelvo á citar á Shakespeare, y digo que se me presentaba entonces el porvenir como un abismo insondable en cuyo fondo se escondiese un cocodrilo. Suponía que mi deber era prevenir aquella desgracia y que esa era la única razón de mi existencia. Usted no quiso comprender estos nobles movimientos de mi alma y me pagó en ingratitud, en burlas y en humillaciones...

—Foma; si fué de ese modo, ahora veo el por qué de muchas cosas—exclamó mi tío, presa de una gran emoción.

—Ya que lo comprende usted también, coronel, tenga la bondad de seguir escuchándome. Por lo tanto mi pecado consistía en mi vigilancia sobre la felicidad y la suerte de esa niña; porque al lado de usted es una niña. Mi amor á la humanidad hizo de mí un demonio de cólera y de venganza. Me sentía capaz de echarme sobre los hombres para infligirles toda clase de tormentos. Y cada una de las acciones que usted realizaba venían á confirmarme en mis sospechas. Ayer mismo quiso usted comprar con dinero mi deserción. Y yo me decía: «Es su propia conciencia la que aleja mi

pérsóna para facilitar la perpetración de su crimen».

—¡Foma! ¡Foma! ¿Era eso lo que pensabas?—preguntó horrorizado Yegor Ilitch.—¡Dios mío! ¡Cómo iba á suponerlo!

—El mismo cielo fué el que me inspiró tales temores—prosiguió Foma.—Ahora dígame usted mismo: ¿qué había yo de pensar cuando la suerte me llevó hacia aquel banco? Diga usted, ¿que debía pensar al ver por mis propios ojos realizadas mis sospechas? Pero me quedaba aún una débil esperanza y usted mismo se encargó de destruirla con la carta en que me declaraba su intención de casarse y me suplicaba que no divulgase lo que había visto... «¿Por qué—pensaba yo—me escribe después de mi sorpresa, cuando pudo muy bien hacerlo antes? ¿Por qué no vino á mí dichoso y embellecido por el amor? ¿Por qué no se echó en mis brazos? ¿Por qué no vino á llorar sobre mi pecho las lágrimas de su ventura? ¿Por qué no me lo ha confiado todo? ¿Soy acaso yo un cocodrilo que le devorase en vez de aconsejarle? ¿Soy un repugnante escorpión que le habría mordido en vez de ayudarle á realizar su suerte?» Me hice esta pregunta: «¿Soy su amigo ó el más despreciable de los animales?» Y pensaba: «¿Por qué ha hecho venir á su sobrino de la capital

con el objeto único de que se casase con esa muchacha, sino para engañarnos á todos, aun al mismo sobrino, y proseguir en secreto su proyecto criminal?» No, coronel; si alguien ha afirmado en mí la convicción de que su amor era culpable, ha sido usted mismo, usted solo. Y no basta aun; es usted culpable respecto de esta muchacha á quien ha expuesto usted á la calumnia, á las más deshonorosas suposiciones á pesar de su pureza y de su discreción, como resultado de un egoísmo desconfiado y torpe.

Mi tío, no contestaba,

Sin duda la elocuencia de Foma había apagado todas sus tentaciones de defensa y se reconocía plenamente culpable.

—Sorprendido, encorvado, abatido—continuó Foma,—me fuí á mi cuarto para rogar á Dios que me inspirase pensamientos nobles. Acabé por decidirme á probarlo publicamente por última vez. Acaso haya puesto en la prueba demasiada pasión; acaso me haya abandonado á mi furia; pero en recompensa de la nobleza de mi intención me echó usted por la ventana. Y, al caer, me decía á mí mismo: «Así se premia la virtud». Después quedé congestionado en el suelo y ya no sé que ocurrió más tarde.

A este recuerdo trágico los gritos agudos y los sollozos interrumpieron á Foma.

Con la botella de Málaga en la mano, la generala corrió hacia él; pero Foma separó á un tiempo mismo y majestuosamente á la generala y al vino.

—¡Silencio!—ordenó.—Es preciso que acabe. No sé lo que me pasó después de la caída. Lo único que sé es que estoy calado hasta los huesos, próximo á la fiebre y sin otra preocupación que la de lograr la felicidad de usted, coronel. Después de tantas indecisiones, sobre las que no me extenderé por el momento, ya estoy convencido de que su amor es puro y derecho, á pesar de la forma discutible en que se manifestó. Derrotado, humillado, víctima de la inculpación de ultrajes á una mujer, por cuyo honor mi caballerosidad está dispuesta á verter la última gota de sangre, me decido á demostrar á todos ustedes cómo venga Foma Fomitch Opiskine los insultos que se le dirigen... ¡Venga esa mano, coronel!

—Con mucho gusto—dijo á su vez mi tío.—Y después de esas explicaciones favorables al honor de una mujer dignísima, me siento orgulloso de estrecharte la mano y de significarte mi sentimiento por mis culpas.

Y mi tío le tendió la mano, sin pensar en lo que podía seguir á todo lo anterior.

—Deme usted también la mano—con-

COPIA ALFONSO

tinuó Foma con voz débil, separando á las señoras que le rodeaban y dirigiéndose á Nastenka, que se sintió confusa y levantó hacia él una mirada tímida.

Con la mano de mi tío en las suyas, añadió:

—Acérquese, acérquese, hija mía; esto es indispensable para su felicidad.

—¿Qué piensa hacer?—preguntó Mizintchikov.

Temerosa y trémula, Nastia se acercó lentamente y dió á Foma su mano breve y blanca.

Foma la tomó en la suya y fué á entregarla á mi tío.

—Les uno y les bendigo—pronunció solemnemente,—si la bendición de un mártir víctima de la desgracia puede serles á ustedes de alguna utilidad. Así son las venganzas de Foma Fomitch Opiskine. ¡Hurra!

La sorpresa de la generala fué inmensa. Este inesperado desenlace dejó asombrados á cuantos lo presenciaron. La generala estaba boquiabierta y sosteniendo aún en la mano la botella de vino de Málaga. Las señoras de su corte palmorearon y luego se quedaron inmóviles, como petrificadas en sus sillas. Tembloroso de los pies á la cabeza, mi tío quiso decir algo; pero no pudo. Nastenka palideció terriblemente, murmuraba:

—No puede ser...

Pero ya era tarde. Haciendo justicia al señor Bakhtcheief, es preciso hacer constar que el primero que respondió al «¡hurra!» de Foma fué el hombre gordo. El segundo fuí yo. Después, con toda la potencia de su voz argentina contestó Sachenka, que se echó en brazos de su padre; luego Ilucha; más tarde Ejevikine, y por fin, el último de todos, Mizinchikov.

—¡Hurra!—repitió Foma.—¡Hurra! Y ahora de rodillas ante la buenísima madre. Pídanle su bendición, y si es preciso yo me arrodillaré con ustedes.

Sin tiempo para mirarse y sin comprender muy bien lo que ocurría, mi tío y Nastia cayeron de rodillas ante la generala, y todos se agruparon alrededor de ellos, mientras la vieja permanecía indecisa sin saber qué hacer. Fué una vez más Foma el que dió término á la situación, prosternándose también delante de su protectora, cuya irresolución se decidió al cabo.

Mi tío se levantó y apretó á Foma entre los brazos.

—¡Foma! ¡Foma!—dijo.

Su voz se cortó y no tuvo fuerzas para seguir.

—¡Champagne!—gritó Stefano Aleievitch.—¡Hurra!

—No, nada de champagne—protestó

la Perepelitzina;—pero encendamos un cirio y recemos delante del icono con que se les bendecirá, al modo que se hace entre gentes religiosas.

Todos se apresuraron á cumplir inmediatamente el sabio consejo. Stefano Alexievitch subió sobre una silla para colocar el cirio delante de la imágen; pero la silla crujió; no tuvo el hombre más que el tiempo preciso para saltar á tierra de pie y cedió entonces el sitio á la Perepelitzina, que se encargó de encender el cirio.

La religiosa y las señoras parásitas comenzaron á santiguarse, mientras se descolgaba la imágen del Salvador y se la llevaban á la generala.

Mi tío y Nastia se pusieron otra vez de rodillas y la ceremonia siguió su curso bajo la alta dirección de la Perepelitzina.

—Inclínense. Ahora besen el Icono. ¡Besen la mano á su madre!

Después de los novios, el señor Bakhtcheief se creyó en el caso de besar sucesivamente el icono y la mano de la generala; estaba loco de alegría.

—¡Hurra!—gritó.—Ahora es cuando viene bien el champagne.

Todos estaban contentos. La generala lloraba pero eran las suyas lágrimas de felicidad; porque la unión bendecida por Foma era ya para ella cosa conve-

niente y sagrada. Comprendía sobre todo que Foma, con aquel acto, garantizaba su permanencia para siempre á su lado.

Mi tío tan pronto se arrodillaba delante de su madre para besarle las manos, como nos abrazaba á mí, á Bakhtcheief, á Mizintchikov ó á Ejevikine. Estuvo á punto de ahogar á Ilucha entre los brazos. Sacha besaba á Nastenka, y Prascovia Ilitchina vertía un mar de lágrimas; Bakhtcheief, al notarlo, se acercó á ella y le besó la mano. Enternecido el viejo Ejevikine lloraba en un rincón secándose de vez en cuando los ojos con un pañuelo sucio. En otro rincón Gavriilo lloriqueaba á su vez, mientras devoraba á Foma con una mirada ansiosa, admirativa; después acercándose á cada uno de los asistentes les fué besando la mano. Todos estaban dominados por el peso de una embriaguez sentimental. Todos decían que el hecho estaba realizado y que no podía ya revocarse y elogiaban á Foma como autor de él.

Aun no habían transcurrido cinco minutos cuando apareció Tatiana Ivanovna.

¿Qué instinto, qué sentido le notificó rápidamente aquellos sucesos de amor y de boda? Entró ligera, con aspecto radiante, los ojos húmedos por



las lágrimas de alegría, vestida con un traje claro, y se abalanzó á besar á Nastenka.

—¡Nastenka! ¡Nastenka! ¡Te quería y yo no sabía nada! ¡Dios mío, se amaban y sufrían en silencio! ¡Los perseguían! ¡Qué novela! Nastia, angel mío, dime toda la verdad: ¿le quieres mucho?

Por toda respuesta Nastia le dió un beso.

—¡Qué novela más bonita!—Tatiana palmoteaba con entusiasmo.—Oye, Nastia, los hombres todos son unos ingratos, pero acaso éste sea un poquito mejor. ¡Acércate, loco! ¿Estás muy enamorado? ¿Eres capaz de amar? Mirame, quiero verte los ojos, saber si mienten ó no. ¡No! ¡No! ¡No mienten! ¡Oh, que feliz soy! Nastenka, tú no eres rica; si quieres te regalo treinta mil rublos. Por Dios ¿los aceptas? Yo no los necesito. Todavía me quedan muchos. ¡No! ¡No! ¡No!—gritaba viendo á Nastia pronta á rechazar el regalo.—Cállate, Yegor Ilitch; esto no va contigo. ¡Nastia, acéptalos, amada! Hace mucho tiempo que quiero dártelos; pero esperaba la hora de tu primer amor. Me miraré en vuestra felicidad. Me vas á dar un disgusto si no aceptas, y voy á llorar. ¡Nastia! ¡No! ¡No! ¡No!

Tatiana estaba en un estado tal de entusiasmo que habría sido cruel con-

trariarla, por lo menos entonces. Se aplazó la cuestión para más adelante. Tatiana se acercó á besar á la generala, á la Perepelitzina, á todo el mundo. Bakhtcheief la besó la mano.

—¡Perdona á un viejo que no ha sabido comprender tu corazón de oro!

—¡Qué loco! Yo á tí te conozco hace mucho tiempo—dijo contentísima Tatiana. Le dió con un guante un golpecito en la nariz y pasó más ligera que el aire, mientras que el hombre gordo hacía plaza á la deferencia.

—¡Qué buena muchacha!—exclamó enternecido.

Luego, mirándola satisfecho en lo blanco de los ojos, me hizo esta confidencia:

—¡Han podido pegar la nariz del alemán!

—¿Qué nariz? ¿Qué alemán?—pregunté asombrado.

—Sí, hombre; la nariz de aquel alemán que encargué á la capital, que besa la mano de una alemana, mientras ella se seca una lágrima con su pañuelo. Lo ha pegado Evdokine, ayer. Van á traerlo ahora. ¡Es un juguete magnífico!

—Foma—dijo mi tío en el colmo de la felicidad.—Tú eres el creador de mi dicha. ¿Cómo podría yo pagarte esto que has hecho por mí?

—No se preocupe de eso, coronel,—

contestó Foma sombríamente.—*Siga sin hacerme caso* y será usted feliz sin Foma.

Era evidente que se sentía herido porque en medio de aquella alegría general nadie se acordaba de él.

—Es que estamos locos, Foma—exclamó mi tío.—Ni siquiera sé dónde estoy, Foma, yo te he hecho sufrir. No bastaría mi vida, ni mi sangre para redimirme de eso. Pero mi vida es tuya. Ordena y lo verás. No tengo más que decirte, Foma.

Y mi tío hizo un gesto que quería dar á entender que era incapaz de descubrir una expresión más precisa de su pensamiento; además fijó en Foma los ojos brillantes y húmedos por las lágrimas del agradecimiento.

—¡Es un angel!—murmuró la Perepelitzina, como en un cántico de alabanzas á Foma.

—Sí, sí—dijo, á su vez, Sachenka.—¡Quién sospechara que fuera usted tan bueno, Foma Fomitch! Desde hoy le querré con toda el alma. No puede usted imaginarse cuanto es mi afecto hacia usted.

—Sí, Foma—intervino Bakhtcheief,—perdóneme usted. ¡No le conocía! Toda mi casa está á su servicio. Lo mejor de todo sería que viniesen á verme pasado mañana con la generala y los novios

y toda la familia. Les prepararé una buena comida. No quiero elogiarme, pero creo que lo pasarán bien. Palabra de honor.

En medio de estas acciones de gracias, Nastenka se acercó á Foma Fomitch, y sin decir una palabra, le besó con todas sus fuerzas

—Foma Fomitch—dijo,—es usted nuestro protector; nos ha hecho usted tan felices que no sé como manifestarle mi gratitud; lo único que puedo afirmar es que yo seré siempre para usted una hermana amantísima.

No acertó á seguir adelante; los sollozos le ahogaron la voz. Foma la besó en la frente. También tenía las lágrimas en los ojos.

—¡Hijos míos!—vivid y gozad de la vida, y en los momentos de felicidad acordáos un poco del pobre desterrado. Dejádme que os diga que la adversidad es la madre de la virtud. Lo ha dicho Gogol, según creo. Este escritor no era muy serio, pero á veces se encuentran en sus obras ideas fecundas. El destierro es una desgracia. De ahora en adelante yo seré un peregrino que recorrerá la tierra apoyado en su bastón, y ¿quién sabe? Acaso después de tantas desdichas me haga más virtuoso. Este pensamiento será mi único consuelo.

—Pero, ¿dónde quieres irte, Foma?  
—gritó mi tío asustado.

Todos los asistentes, estremecidos, se acercaron á Foma.

—¿Puedo quedarme en esta casa, después de su manera de tratarme, coronel? —interrogó Foma con la más extraordinaria dignidad.

No le dejaron hablar. Los gritos de todos apagaron su voz.

Le habían sentado en el sillón; le suplicaban; lloraban; no sé que no habrían hecho. Claro que no pensaba en salir de aquella casa.

Sabía que le detendrían, que le sujetarían, sobre todo ahora, cuando había hecho la felicidad de todos, cuando su culto se había restaurado y todos estaban dispuestos á las mayores humillaciones.

Acaso el poco gallardo regreso hubiese herido su orgullo y exigiese la realización de hazañas heroicas. Pero ante todo, la ocasión era excepcional para exhibirse y decir bellas cosas y extenderse en consideraciones, haciendo su propio elogio. ¿Cómo resistir á una tentación semejante?

No intentó resistirla. Se arrancó de las manos que le retenían; pidió su bastón; suplicó que le devolviesen su libertad, que le dejaran partir á los cuatro rincones del mundo.

Le habían deshonrado; le habían maltratado en aquella casa, á la que no había vuelto más que para que todos fuesen felices. Pero ¿podía él quedar un solo instante en la «casa de ingratitud»? ¿Podía comer «stchis», que «aunque nutritivos, no estaban sazonados más que con golpes?»

Pero su resistencia era cada vez menor. Le habían instalado de nuevo en la butaca, y allí su elocuencia se hizo inagotable.

—¡Cuánto he sufrido aquí!—gritaba.  
—¿No me tiraban de la lengua? ¿No me ha hecho usted muchas veces burla, coronel, igual que un pilluelo de las calles? ¡Y no hablo de los golpes!

—¡Foma! ¡Foma!—le atajó mi tío.—  
¡No evoques ese recuerdo que me mata! Te he dicho que no bastaría toda mi sangre para lavar semejante ofensa. Sé magnánimo; olvida; perdona; quédate entre nosotros, para contemplar una felicidad que es obra tuya.

—¡Quiero amar á los hombres!—exclamó Foma—y no me dejan. No me dejan amarlos. ¿Dónde hay un hombre digno de que yo le ame? ¿Dónde está? Como Diógenes con su linterna lo busco durante toda mi vida y no le encuentro; no puedo encontrarle, y no podré querer á nadie mientras no le encuentre. ¡Malditos los que hacen de mí un misántropo!

¡Falalei! ¿Querría yo á Falalei? ¿Podría querer á Falalei? No. ¿Por qué? Porque es Falalei. ¿Por qué no amo á la humanidad? Porque todo cuanto existe en el mundo es semejante á Falalei. ¡No quiero á Falalei! ¡Le odio! ¡Le escupo! ¡Le aplastaré! Si fuese preciso elegir, elegiría á Asmodeo. Ven, ven aquí, mi eterno verdugo; ¡ven aquí!—exclamó de repente, dirigiéndose á Falalei, que permanecía detrás de los que rodeaban á Foma Fomitch.

Tirando de la mano al pobre muchacho, que estaba medio loco de miedo, continuó:

—¡Ven aquí!... ¡Coronel! Le probaré la verdad de mis afirmaciones; la realidad de todas esas burlas de que me quejo. Dime, Falalei, ¡la verdad! ¿Qué has soñado esta noche? Ahora verá usted, coronel, cuáles son los frutos de su política. ¡Habla, Falalei!

Temblando de terror, el pobre niño miraba en torno desesperadamente como en busca de un apoyo; pero todos esperaban la respuesta:

—¡Vamos, Falalei!

Por toda contestación, Falalei, torció la boca; luego la abrió inmensamente y se echó á llorar como un becerro.

—¿Vé usted, coronel, qué terquedad? ¿Es natural esto? Por última vez, Falalei, te pregunto ¿qué has soñado esta noche?

—Con...

—Dile que has soñado conmigo—le sugirió el señor Bakhtcheief.

—Con su virtud—le apuntó Ejevikine, en el otro oído.

Falalei se volvía alternativamente á cada lado. Después:

—Con su vir... Con el buey blanco—soltó al fin, y vuelta á las lágrimas.

Hubo en la habitación un: «¡Ah!» de horror. Pero Foma Fomitch se sintió generoso.

—Por lo menos me satisface tu franqueza, Falalei—declaró—una franqueza que no todos tienen. Si te burlas de mí por instigación de otros, Dios os recompensará á todos juntos. Si no es así te felicito por tu inestimable franqueza, porque aun en el último de los hombres (que eres tú) acostumbro á ver la imagen de Dios... Te perdono, Falalei... Hijos míos, abrazadme; seguiré con vosotros.

—¡Se queda! ¡Se queda! gritaron todos los presentes, entusiasmados.

—Me quedo y perdono. Coronel, dé usted azúcar á Falalei; no quiero que nadie lllore en un día en que todos son felices.

Una generosidad de tal especie se consideró cosa extraordinaria. ¡Preocuparse en un momento así de Falalei!

Mi tío se dispuso á poner en ejecución

FAMILIA ALEONSIANA

la orden, y á poco Prascovia Ilinitchna tenía en las manos un gran azucarero de plata.

Con mano trémula mi tío logró extraer dos terrones de azúcar; después otros tres, que se le cayeron al suelo; la emoción no le permitía hacer nada á de-rechas.

—¡Anda! ¡un día así!—Y dió á Falalei todo el contenido del azucarero, añadiendo:—Toma, Falalei, por tu franqueza.

—El señor Korovkine--anunció Vidopliassov desde el umbral de la puerta.

Se produjo una pequeña confusión. La visita de Korovkine llegaba sin duda á destiempo.

Todas las miradas interrogaron á mi tío, que exclamó un tanto turbado:

—¡Korovkine! ¡Me alegra mucho su llegada!—y miró tímidamente á Foma. —Pero no sé si estará bien recibirle en este sitio. ¿Qué opinas tú, Foma?

—¿Qué más da? Es igual—contestó con amabilidad Foma.—Reciba usted á Korovkine y que comparta con nosotros la felicidad general.

En una palabra, Foma Fomitch estaba de un humor angélico.

—Me atrevo respetuosamente á advertir á ustedes, que el señor Korovkine no se encuentra en su estado normal—advirtió Vidopliassov.

—¿Cómo? ¿No se halla en estado normal? ¿Qué canciones son esas?—preguntó mi tío.

—Está borracho...

Y antes de que mi tío hubiese tenido tiempo de ruborizarse, de avergonzarse, conocimos la palabra del enigma.

Encuadróse en la puerta el propio Korovkine. Se esforzaba en separar á Vidopliassov para mostrarse mejor á aquella reunión, sorprendido de su actitud.

Era un hombre pequeño; pero fuerte; de edad como de cuarenta años, pelo gris y cortado en forma de cepillo, cara roja y redonda; ojos pequeños, inyectados en sangre. Llevaba una corbata de crin y vestía un frac muy usado, roto bajo una axila y cubierto de pelusa y de hierbajos; completaba el traje un pantalón inadmisibile y una gorra grisenta, que conservaba en la mano. La borrachera de que había hablado Vidopliassov, era monumental.

Llegó á la mitad de la habitación, se detuvo, vacilante, y durante un momento se creería que estaba abstraído en una meditación profunda; luego su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

—Perdónemne, señores y señoras. Creo que estoy un poco... (aquí, se dió un manotazo en la frente).

La generala mostró claramente un gesto de dignidad ofendida.

Siempre en su sillón, Foma contemplaba con ironía al excéntrico visitante, á quien miraba Bakhtcheief con un asombro mezclado de lástima.

Mi tío estaba aburrido; sufría un verdadero martirio por la situación de Korovkine.

—Korovkine—comenzó;—escucha...

—Espere primero á que me presente—interrumpió su interlocutor.—Me presento: yo soy el hijo de la Naturaleza.... Pero ¿qué veo? ¡señoras aquí! Y no me lo has dicho; ¡canalla!—añadió mirando á mi tío con una sonrisa maliciosa.—No importa ¡valor! Me presentaré asimismo al bello sexo... ¡Hermosas damas!—comenzó en balbuceos trabajosos y deteniéndose á cada palabra,—ante ustedes está un hombre desgraciado... en una palabra... *etcétera*... Me costaría mucho esfuerzo decir más..... ¡Músicos! ¡una polca!

—¿No desearía usted descansar un poco?—inquirió Mizintchikov, acercándose amablemente á Korovkine.

—¿Descansar? ¿Quiere usted insultarme?

—De ninguna manera; pero después de un viaje...

—¡Nunca!—contestó Korovkine con indignación.—¿Cree que soy un borracho?

¡De ninguna manera! Además, ¿dónde puede uno descansar aquí?

—Venga; yo le guiaré.

—Sí; ¿vas á guiarme hacia la cuadra?

A otros con eso. He pasado en ella la noche... En último caso, vamos allá... ¿Por qué no? No me llesves almohada. ¡Un militar no necesita almohadas! Prepárame un canapé... Ahora escucha: Comprendo que no eres malo... Prepárame también un poco... ¿no comprendes? un poco de ron; un vasito pequeño para matar el gusanillo; nada más que para eso.

—Perfectamente—contestó Mizintchikov.

—Bueno; pero espera. Tengo que despedirme..... Adiós, señoras. Me han llegado ustedes, por decirlo así, al alma. Pero dejaré la declaración para luego... Despiérteme usted al comienzo; cinco minutos antes. Pero no comiencen sin mí.

El alegre mozo salió acompañado por Mizinchikov.

Todos permanecieron callados. El asombro no se disipó fácilmente.

Por fin, Foma, empezó á sonreír dulcemente y poco á poco fué riéndose con franqueza; al notar esto la generala, se dispuso también á alegrarse; á pesar de ello su expresión no perdió el aire de dignidad ultrajada. La risa los fué ganando á todos.